

Diciembre 2019 – Enero 2020

Estados Unidos – Irán: ¿Una guerra de tolerancias?

En su artículo “A new geopolitical challenge to the rules-based order”, el Dr. John Chipman, director del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS), expresa que es más fácil desafiar el orden mundial existente. Dice que este desafío es a través de lo que llama la “guerra de tolerancia” y que no es más que probar las distintas resistencias a acciones unilaterales, es decir “ganar sistemáticamente ventajas tácticas sobre opositores indecisos” sin plantear un desafío simétrico explícito. Precisamente esto es lo que ha pasado con Estados Unidos (EE.UU.) e Irán.

EE.UU. e Irán tienen un largo camino de conflictos. Hasta los cincuenta del siglo pasado, EE.UU. era visto como una nación amiga y no imperialista al no tener mayor presencia en esta región de influencia británica y menor medida soviética (Irán incluso perdió territorios en la guerra ruso-persa). Los intereses británicos eran los campos petroleros que tenía desde 1908 y de los que solo devolvía un 16% de las ganancias. El primer ministro electo democráticamente, Mohamed Mossadeq, en esa monarquía parlamentaria con la revolución de 1906, nacionalizó la industria petrolera (1951) y sufrió un intento de derrocamiento urdido por Londres. La confabulación fue descubierta y los británicos expulsados, ante lo cual pidieron ayuda a la nueva potencia de occidente, EE.UU. La recién estrenada CIA bajo el gobierno de Dwight Eisenhower fue la encargada de derribar al Primer Ministro (operación Ajax en 1953), lo que le permitió al Sha Mohamed Reza Pahlevi tener el control político y convertirse en un aliado sumiso por 26 años de Washington (Eisenhower, Nixon y Carter visitaron Irán).

Además del petróleo (se desnacionalizó creándose un consorcio internacional), Eisenhower tuvo en vista otros dos factores para esta intervención en el apogeo de la Guerra Fría: la posibilidad de mayor influencia de Irán en la zona como potencia ascendente y la contención de la Unión Soviética (URSS), confrontación que se jugaba en todo el globo. Sin embargo, esto junto al apoyo que recibió la SAVAK (policía secreta del monarca) de la CIA y el Mossad en sus manuales de tortura, anclaron a EE.UU. (lo relacionaron) a la supresión de libertades, no respeto de los DD.HH. y a un régimen despótico.

Después de 15 años, el líder islámico Rujola Komeini retorna del exilio (1979) y acusa al Sha de haberse vendido a EE.UU. (el “Gran Satán” le decía). La desconfianza en EE.UU. unido a la voluntad mayoritaria de independencia de éste y de la URSS, fueron elementos esenciales para incentivar las protestas populares, la Revolución y la creación de la República Islámica.

El Sha se va al exilio y se produce la “crisis de los rehenes”, cuando diplomáticos y ciudadanos de EE.UU. fueron rehenes por 444 días (en enero de 1981 se liberan los últimos). Ahí se produce la ruptura de relaciones que aún perdura y un largo historial de sanciones.

Un tercer hecho relevante, fue la guerra entre Irak e Irán (1980-1988) por la soberanía de unas pequeñas islas en el golfo Pérsico y de una franja de 200 km² en el sudoeste iraní. En 1971, el contencioso se había agravado al ocupar el ejército del Sha, muy superior al de Irán con el apoyo de EE.UU., dos de aquellas islas. Cuatro años después, los dos gobiernos firmaron un acuerdo que ponía fin al diferendo. Sin embargo, en septiembre de 1980, Irak denuncia el tratado aprovechando a un régimen islámico iniciándose en Irán y estalló la guerra. EE.UU., Francia y Arabia Saudita ayudaron a Irak (diplomacia y muchas armas), lo que facilitó que Saddam Hussein usara armas químicas contra iraníes y kurdos. Se estima que el costo de Irán fue de 1 millón entre muertos y heridos y que continuaron sufriendo los efectos de armas químicas después. Las bajas iraquíes se estiman entre 250.000 y 500.000 entre muertos y heridos. La guinda de la torta de esta guerra, fue el derribo en julio de 1988 del vuelo 655 de Iran Air, un Airbus A300, al sur de la isla de Qeshm por el misil del USS Vincennes, matando a sus 290 ocupantes. Años después, el capitán reconoció que estaba en aguas iraníes y EE.UU. pago una indemnización a las familias no así el avión.

Desde 1979 EE.UU. le impone sanciones a Irán (Ronald Reagan lo declaró un “estado patrocinador del terrorismo”), las que se mantuvieron en los sucesivos gobiernos estadounidenses. El único período de pausa fue durante el acuerdo para limitar el programa nuclear iraní (evitar que fuera parte del club nuclear) alcanzado por este país persa y seis potencias internacionales (China, EE.UU., Francia, Inglaterra, Rusia y Alemania) a cambio de levantar las sanciones internacionales el 2015. Este acuerdo le implicó a Teherán acceder a unos US\$ 100 mil millones congelados en el extranjero, volver a vender petróleo en el mercado internacional y utilizar el sistema financiero internacional (El País 08/05/2018).

Es bueno recordar que fue el presidente Eisenhower quien promovió en 1957 con su política “Átomos Para la Paz” el acceso a tecnología nuclear a Irán, Israel, India y Pakistán para alejarlos de de la URSS. Sin embargo, con la llegada de Donald Trump, Washington se retira del acuerdo (mayo del 2018) y vuelve a imponer sanciones aduciendo el no cumplimiento, agregando que es insuficiente porque le ha dado oxígeno económico, no le impide fabricar una bomba atómica, no abordó su apoyo a grupos terrorista o al desarrollo de su programa misilístico que pueden afectar la libertad de navegación (en septiembre de 2019 Irán lanzó con éxito un misil de alcance medio o su armada probó un misil tierra-aire antiradar en el estrecho de Ormuz). Esta postura anti acuerdo (legado emblemático del presidente Obama y al que el presidente Trump siempre se opuso) es apoyada en la zona por Israel y Arabia Saudita.

Geopolítica regional

Sin embargo y más allá de las acusaciones de EE.UU., a juzgar por lo expresado por la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA), Irán estaba cumpliendo con el acuerdo al haber sometido sus actividades de enriquecimiento de uranio a un sistema de varios niveles de limitaciones y controles. Como se aprecia el tema en el cuadro global, el problema no era el cumplimiento o no del acuerdo por parte de Irán como lo dio a entender el propio presidente Trump al decir que las sanciones deberían haber permanecido en vigor para presionar a Teherán a cambiar su política en Oriente Medio.

El tema, entonces, es la competencia geopolítica regional magnificada por actores como Israel y Arabia Saudita, y por la influencia histórica de potencias coloniales o imperiales en el área, sin olvidarse del oro negro. Desde la llegada de la Revolución islámica, Irán pretende levantarse como un centro de influencia regional (poder blando) acompañado de poder duro. Además de la ruptura con EE.UU., la política exterior de Irán abraza la causa palestina y le da un talante islámico. Esto pone, a la vez, a Israel como “un país infiel y hostil”, más aún si es aliado del “Gran Satán”, y se plantean de la liberación de Jerusalén. Irán también ha apoyado directamente a la agrupación chiita libanesa Hezbolá (Partido de Dios), particularmente tras la operación “Paz de Galilea” de las Fuerzas de Defensa Israelíes. En el Irak pos Saddam, Teherán tiene fuerte influencia económica, militar y religiosa (a pesar de las diferencias religiosas con un Wilayat Al Faqih no compatible). En Siria se ha transformado en garante de la continuidad del régimen de Assad. La influencia iraní también está en Gaza (Hamás y Yihad Islámica) e incluso llega a Yemen donde se enfrenta a Arabia Saudita.

En el marco de esta disputa histórica, y como dice Bryan Acuña (Infobae 19/02/2018), entonces, además del dominio político y económico, Irán busca flanquear a sus diferentes enemigos e imponer su agenda...Más allá de un enfrentamiento de cosmovisiones religiosas contra los sunitas en general, se trata de una expansión de carácter político ideológico para lograr un lugar de privilegio entre el mundo islámico estandarizando regional y contra otros grupos que consideran un peligroso germen que se ha establecido en el corazón del Islam y debe ser arrancado de allí.

El asesinato de Qassem Soleimani a través de un ataque con drones estadounidenses cuando se encontraba en Irak en una celada reunión para bajar las tensiones con EE.UU. se inscribe en esta lógica de debilitar la influencia iraní. Soleimani no era un hombre más. Forjó su imagen de hombre aguerrido en la guerra contra Irak, comandando una división con incursiones en territorio enemigo. El líder de las fuerzas Quds (elite) de la Guardia Revolucionaria, era hombre de absoluta confianza del Ayatolá Jamenei (principal figura religiosa-política), se reportaba directamente a él. Se le consideraba un estratega de terreno, no sólo responsable de las acciones militares encubiertas sino también como un constructor de redes (forjador de capacidades nacionales) con una comunidad amplia de la

región como la milicia libanesa Hezbolá (hoy con gran influencia en el parlamento) o grupos palestinos como Hamas y la Yihad Islámica, grupos chiitas que controlan la seguridad y estabilidad en Irak, el régimen sirio o fuerzas rebeldes de Yémen. A este general se le atribuye, además, el haber definido la estrategia que ayudó a Bashar al Asad a cambiar el curso de la guerra en Siria y una pieza clave en la derrota del Estado Islámico (BBC Mundo 03/01/2020).

Por lo mismo, el Ayatolá Jamenei sentenció que “los criminales que han manchado sus manos con la sangre del general Soleimani y de otros mártires en el ataque (02/01/2020) deben esperar una dura venganza”. Y se izó la bandera roja sobre la mezquita Jamkaran en Qom (la ciudad sagrada de los chiitas), simbolizando con ello en la tradición chiita tanto la sangre derramada injusta como el llamamiento para vengar a la persona asesinada, en este caso del simbólico y apreciado comandante militar Soleimani. Y la respuesta no se dejó esperar al disparar Irán (08/01/2020) "más de una docena" de misiles balísticos contra las bases Ain al Asad y Erbil en Irak, usadas por tropas de EE.UU. y de la coalición. Ahí hay más de 5.000 soldados estadounidenses y tras la escalada, el Pentágono anunció que enviará 3.500 militares a la región para reforzar las posiciones estadounidenses.

Teherán optó por responder de forma directa (el primer ministro de Irak, Adel Abdul Mahdi, fue avisado del ataque), con una salva que demuestra la capacidad de su programa misilístico de golpear con precisión objetivos a más de 300 kilómetros de distancia de sus fronteras (sin ser misiles inteligentes) demostrando decisión y capacidad pero también cautela como lo expresó el ministro de Exteriores iraní, Mohammed Javad Zarif, al decir que “Irán tomó y concluyó medidas proporcionales en defensa propia al amparo del artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, atacando la base desde la que se lanzó el ataque cobarde contra nuestros ciudadanos y altos oficiales. No buscamos una escalada o la guerra, pero nos defenderemos”.

Sin embargo, la respuesta de la Guardia Revolucionaria, el ejército paralelo que defiende al régimen islámico, cometió un importante error cuando en la misma noche confundió un avión ucraniano de pasajero con un misil estadounidense y lo derribó con 176 pasajeros. Si bien esto raya la épica de la respuesta y no atenúa la responsabilidad, Irán se demoró solo tres días en reconocer que habían sido sus defensas las que lo habían derribado y sus responsables han sido ubicados, a diferencia del tiempo que se demoró EE.UU. en reconocer el derribamiento del vuelo 655 de Iran Air en 1988 o del derribamiento con un misil del vuelo 17 de Malaysian Airlines en Ucrania en 2014 y que aún no se sabe si fueron milicianos prorrusos, el ejército ruso o el ucraniano.

Evitar la guerra

Tras el asesinato de Soleimani y la respuesta misilística, un enfrentamiento directo con la primera potencia militar sería un desastre para Irán, pero posteriormente también para EE.UU. y el mundo. En todo caso, las características geoestratégicas de la región y el desarrollo de capacidades de enfrentamiento asimétrico le permiten a Teherán tener alternativas sobre la mesa, pese a los efectos de las sanciones norteamericanas o el movimiento de los aliados de EE.UU. como Reino Unido que mando buques de guerra a las costas de Irán para la protección de buques de cargas. Las Fuerzas Armadas de Irán son las más numerosas de la región (530.000 efectivos), pero su gasto militar (y capacidad tecnológica asociada) esta a la par del de Arabia Saudí, por debajo del de Israel y a años luz del gasto estadounidense. Como dice El País del 08/02/2020, una de las capacidades asimétricas que Irán cultiva para compensar su inferioridad convencional es la red de milicias principalmente chiíes que la fuerza Al Quds ha promovido en la región. Entre ellas, destacan Hezbolá en El Líbano, las Fuerzas de Movilización Popular iraquíes, los paramilitares prorrégimen sirios y los huthi en Yemen. Y aunque estos grupos enfrentan importantes retos locales (Hezbolá, por ejemplo, enfrenta una ola de protestas democráticas y anticlericales), son conscientes de que deben cerrar filas ante el ímpetu de EE.UU. para garantizar su supervivencia en este mundo globalizado.

Pese a las sanciones, Teherán también ha logrado desarrollar su propia tecnología militar (capacidad disuasiva) con el impulso inicial que le proporcionó la transferencia tecnológica china (y rusa) durante la guerra contra Irak. Se estima que dispone de un centenar de misiles antibuque, bastante efectivos, desplegados en el estrecho de Ormuz y el golfo Pérsico. También ha desarrollado la tecnología de los aviones no tripulados y en 2016 tuvo la oportunidad de probarlos en el campo de batalla contra el Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés), incluso usó sus bases en Siria para incursiones en el espacio aéreo israelí con el fin de evaluar las capacidades de sus productos. La Marina iraní cuenta con casi 20.000 efectivos, numerosas lanchas lanzacohetes de producción nacional, dispone de una veintena de fragatas de producción china y medio centenar de lanchas militares de tecnología sueca. A ello se suman tres submarinos rusos clase Kilo, cuya capacidad de operar en aguas poco profundas del golfo Pérsico constituye una amenaza importante. La Guardia Revolucionaria también dispone de importantes capacidades navales (El País 08/02/2020).

El presidente de Irán, Hassan Rohani ha asegurado que no es habitual que un país se enfrente de esta forma a Washington y “lance abiertamente misiles contra una importante base militar”. La operación, añadió, ha obligado a EE.UU. a “retirar sus amenazas”, en aparente alusión a la falta de respuesta militar norteamericana. Pero para el nuevo tablero regional no todas las cartas son de disuasión militar, ya que Irán se enfrenta a una guerra económica que acosa cada vez más a los sectores vulnerables, la principal base social de la República Islámica. Aunque la conmoción provocada por el asesinato de Soleimani distrae a la opinión pública de la crisis interna, su efecto sedante no durará mucho y las autoridades iraníes, conscientes de las estrecheces económicas, ven limitado su margen de maniobra. Si bien el conflicto con EE.UU. es un gran adhesivo nacional, no olvidemos que desde el 2018 se registran grandes protestas por factores diversos como cesantía, retrasos de los ingresos por venta de petróleo, mala distribución de recursos, quiebras de sistema financiero paralelo, precios, corrupción, etc.

Clarín (6/08/2018) informaba que en una primera fase de las sanciones reimpuesta el 2018, EE.UU. perseguía que Irán no pudiese comprar dólares ni comerciar con oro y metales preciosos. También quería prohibirle el comercio con determinados metales, materias primas y software industrial. Se prohibió la importación de alimentos y alfombras iraníes a Estados Unidos. Y tres meses después se reintrodujo otra serie de sanciones tendientes a tratar de reducir a cero las importaciones de petróleo iraní o paralizar el servicio internacional de pagos con Irán, lo que haría muy difícil, por ejemplo, que empresas internacionales pudieran hacer negocios con el país persa. Ya son más de mil individuos, compañías y organizaciones sancionados por EE.UU. El Fondo Monetario Internacional prevé que la economía de Irán se habrá contraído un 10% entre 2017 y 2019, y que la inflación llegará a 30% este año; hay escasez de medicinas (El País 05/07/2019). De hecho, el propio Jamenei ha salido no solo a capitalizar la muerte de Soleimani sino a cuestionar el patriotismo de quienes participan en las protestas al oponer sus números a los millones que concurrieron a los funerales del general en distintas ciudades del país. Sin embargo, el descontento está.

Apenas unos días después de que Francia, Alemania y Reino Unido activasen el mecanismo de resolución de disputas contemplado en el acuerdo por “sucesivo incumplimientos”, el presidente Rohani, en una nueva pulseada dijo que la República Islámica enriquece hoy más uranio que antes de firmar el acuerdo nuclear el 2015 con las potencias internacionales. Teherán acusa a estos países de incumplir sus obligaciones (pedía compensaciones por las medidas de EE.UU.) por seguidismo o coincidencia con Washington cosa que es avalada

parcialmente por The Washington Post al asegura que “Trump amenazó a los europeos con aranceles del 25 % a las importaciones de automóviles europeos si no advertían a Irán sobre sus violaciones del acuerdo”, medida que estuvo a punto de naufragar para evitar la impresión de actuar como títeres de EE. UU. tras las declaraciones del presidente Trump (El País 16/01/2020).

En su primer mitin presidencial del 2020, el presidente Trump se jactó de haber "evitado una guerra", de hacer "justicia estadounidense" y de haber "parado rápido y en frío" al "terrorista más grande del mundo" (BBCMundo 10/01/2020). Sin embargo, en el marco del 'impeachment' por la trama ucraniana y del contexto electoral presidencial de noviembre (44% de apoyo), esta imposibilitado de poner en juego vidas estadounidenses o desatar un conflicto de magnitud impredecible más aún si China y Rusia no lo acompañan en su intento de buscar un nuevo “acuerdo” porque ahí se juega también parte esencial de la configuración del futuro escenario internacional. Aunque es difícil saber lo que piensa una de las presidencias más erráticas de la era moderna y que se ha convertido en fuente de inestabilidad mundial permanente.

Tendencias: Lo que vivimos, es una “guerra de tolerancia”, probar las resistencias a acciones unilaterales (de EE.UU., Irán y otros), es decir “ganar sistemáticamente ventajas tácticas sobre opositores indecisos” sin plantear un desafío simétrico explícito por dominar la geopolítica regional. El polvorín es muy grande para jugar con fuego.

